

POLÍTICA Y CULTURA EN EL SIGLO XXI

JACQUELINE ARTIEDA

- Estudiante de la Maestría de Estudios de la Cultura, con mención en Literatura Hispanoamericana, de la UASB-E; Socióloga por la Universidad Central del Ecuador (UCE).

Correo electrónico: <jacqueline_artieda@yahoo.com>.

▪ **Resumen**

El cuestionamiento reiterado hacia los estudios culturales es que han desatendido las relaciones políticas que se producen en la esfera productiva o base económica, porque precisamente en esta última determinación se halla la complejidad de la interpretación de varios discursos y prácticas hegemónicas. Por ello, planteo la revisión crítica de algunos elementos teóricos que relacionen la estética liberal en el ejercicio político de modernización capitalista del gobierno ecuatoriano.

- **Palabras clave:** liberalismo, cultura, política, estructura económica, modernización.

En Latinoamérica y particularmente en Ecuador, durante la última década del siglo XXI, se han reforzado una serie de representaciones simbólicas constituidas a partir de imaginarios culturales que entronizan las gestas libertarias del siglo XIX, sobre todo, el hito de la Revolución liberal alfarista y la resignificación de la figura de Eloy Alfaro.

Esta escena liberal, como hecho performativo (aludiendo al montaje teatral, es decir, al ordenamiento del ritmo, la secuencia de los planos y, de las perspectivas de un relato), permite leer una relación que en ciertas líneas del marxismo más contemporáneo, se pretendían fracturadas; esta es la relación entre estructura y superestructura, o dicho de otro modo: la correlación entre política, cultura y las relaciones sociales de la producción.

Antonio Gramsci plantea que la cultura es un espacio de lucha y confrontación (por tanto de disputa) para combatir los aspectos reaccionarios de los discursos totalizantes que se han elaborado en ausencia del análisis respecto de las contradicciones de las formaciones sociales en cada momento histórico. Siguiendo esta línea, Raymond Williams (1980) cuestiona la autonomización y el autarquismo del campo cultural sobre el resto de esferas sociales; crítica que ha sido desdeñada por algunos culturalistas.

Si partimos de la premisa marxista de que el ser social determina la conciencia del hombre, entonces afirmamos que las relaciones de orden material y su papel en la esfera de la producción económica alimentan su conciencia y su pensamiento, es decir, el orden simbólico de la vida del individuo; por lo tanto, la ideología y la práctica se determinan dialécticamente, rechazando el postulado mecanicista que mira las formaciones sociales como mero reflejo de las relaciones de clase. Para Gramsci la praxis, tanto en el papel del intelectual orgánico como en el del artista, se inscribe en el orden ideológico como fuerza material (Gruppi 1978).

Para complejizar la problemática respecto de la cultura y la política en relación diversa y múltiple con la base productiva, me interesa explicar cómo la escena liberal propuesta por el gobierno ecuatoriano en el desarrollo del campo cultural se nutre de mediaciones narrativas que a su vez actúan como mecanismos de sublimación de la estética y la política liberal.

Las representaciones sociales que el poder modula en el imaginario colectivo generan una subjetividad adecuada a los intereses de la maquinaria estatal; a saber, el nacionalismo, el patriotismo, la ciudadanización, el desarrollismo, todos estos procesos teleológicos que desembocan en el remozamiento del capitalismo, al estilo del viejo liberalismo político: progreso de sociedad (modernización), democracia liberal, reforzamiento institucional, fortalecimiento estatal (Estado de bienestar), y el aseguramiento de las “libertades individuales” (exclusivamente en términos económicos).

A partir de este antecedente, es posible preguntarse si la escena liberal ha formado ciertos referentes en Ecuador y si ello aporta a la reconstitución de una ideología como fuerza material en nuestro país.

Para intentar esbozar una respuesta, quiero hacer énfasis en el papel de las narraciones lingüísticas y visuales del discurso modernizante del siglo XXI y su apuesta por crear referentes y representaciones que prefiguren como mecanismos ideológicos que sustenten su proyecto político. En este sentido, el elemento que mayor potencia provee a la estructuración del discurso es, sin duda, el corte histórico decimonónico (poda histórica, en términos gramscianos) que permite releer las formaciones de los Estados nacionales y que les posibilita a las élites burguesas asegurar sentidos de construcción homogénea de la nación.

Lukacs (2011), en su análisis sobre Marx y Engels y en su crítica a la ideología liberal, remarca su postura heterodoxa al cuestionar la intención de divorciar los fenómenos estéticos y filosóficos de la realidad (y sus contradicciones) y de utilizar estas formas artísticas como mecanismos propagandísticos. Pero su cuestionamiento es más determinante porque critica la creencia de la visión del mundo liberal, es decir, democrático-burgués, instalando en la discusión el asunto de la retórica y la expresión directa en las narraciones.

Para Lukacs, en la estética liberal, la retórica y la acción directa articulan una formulación contradictoria y paradójica que termina sintetizando una determinada ideología. El predominio de la retórica es un elemento que impera en la transmisión discursiva de las narrativas y se trastoca en una forma de sobredimensión (alienación) de la realidad.

Para evitar caer en anacronismos, es necesario observar el fenómeno discursivo desarrollado

por el gobierno ecuatoriano y las narraciones que han elaborado mediante la propaganda, las cadenas radiales, televisivas, la publicidad, etc. En estos relatos podemos advertir la idealización y el cercenamiento del proceso de Revolución liberal, que concluye en 1897, tras la creación de la Constitución liberal.

La retórica narrativa del gobierno se concentra alrededor de la modernización capitalista: en primera instancia, las vías de comunicación como monumento revolucionario (es preciso recalcar que cualquier período de modernización e industrialización requiere como punto central el desarrollo de las vías de comunicación, ya que estas aseguran el intercambio de mercancías de manera más acelerada y a menor costo). Es por este mismo motivo que Alfaro aseguró la construcción del tren y terminó la obra garciana.

En el discurso retórico de la escena liberal reaparece la obra heroica individual de Alfaro y desaparece la figura colectiva de la montonera formada por campesinos y constituida como la base de las milicias revolucionarias. Desaparece la narración de personajes como Ambrosio Lasso, campesino de Galte en Chimborazo, quien fue uno de los primeros indígenas en asumir las luchas clasistas y étnicas contra los hacendados y los terratenientes de la época y que tuvo una participación en el ejército alfarista, en el naciente movimiento obrero y en el Partido Comunista.

Retomando a Lukacs, la expresión directa como concepción liberal se presenta como un vehículo positivista, para contrarrestar la retórica, y encuentra su génesis en las formaciones artísticas francesas instauradas en Alemania por la burguesía letrada e introducida al movimiento obrero. Se refiere a que las opiniones del autor deben permanecer ocultas o al menos soslayadas.

En el caso ecuatoriano, esta forma se pone en juego en el discurso normativo y jurídico del gobierno. Todo tipo de propaganda gubernamental se utiliza en mayor o menor grado para censurar y normar los discursos de cualquier sector o individuo fuera del aparato estatal o dentro de él. En este sentido, se exige a las narraciones de orden popular, la expresión directa.

En esta perspectiva, cualquier discurso que ponga en duda el desarrollo modernizador del Estado, será arcaico, infantil y dogmático. El conjunto de enunciados modernizadores se fetichizan como si no formaran

parte del desarrollo de un determinado sistema económico y político, así, la represión se expresa como acción directa que legitima la práctica gubernamental.

Mientras que la retórica ayuda a fomentar una ideología material en relación al progreso, la expresión directa norma el discurso de los sujetos para asegurar la pertenencia y el disciplinamiento con respecto a dicho orden.

En la proposición retórica, la “unidad no refleja la realidad, solo puede tener un carácter subjetivo” (Lukacs 2011, 128-129); esta violencia subjetivista se plasma obstaculizando el desarrollo de las contradicciones y se expresa tanto en la política como en la cultura. La expresión directa, como método de ejercicio de la autoridad, configura una violencia objetiva que justifica las relaciones concretas de opresión entre hombres (existencia de las clases).

Por lo tanto, la ideología liberal se instaura como reaccionaria (reestableciendo el orden constituido, sin permitir que la memoria colectiva y la acción se articulen), mediante la combinación de retórica y expresión directa como mecanismos funcionales de vaciamiento y reorganización de los sentidos históricos; retórica y expresión directa en un proyecto de dominación de las clases hegemónicas, son las dos caras de la misma moneda.

Lo nuevo del viejo liberalismo se resume en la capacidad institucional para refuncionalizar los referentes simbólicos de cultura y decantar la ideología liberal para justificar el proyecto modernizador capitalista, a través de la superposición de narraciones que refuerzan el concepto de patria y el progreso modernizante del capitalismo.

Sin embargo, este mecanismo de represión simbólica no es nuevo, se instala desde la Colonia y se profundiza en subsiguientes períodos históricos para asegurar la configuración o reconfiguración de proyectos políticos. El campo cultural no está exento de estas estrategias de eliminación selectiva y sistemática de la memoria liberadora. Las narraciones juegan, desde esta perspectiva, un rol potente, ya que están plagadas de sentidos simbólicos que articulan la lógica estructural con la superestructural.

La hegemonía burguesa ha logrado que estas formas de representación encubran el período más agresivo

de modernización capitalista en Ecuador, asignando un papel de sumisión simbólica, retrayendo y/o conteniendo la capacidad emancipatoria de la sociedad. Con respecto a la relación entre cultura y política, José Carlos Mariátegui menciona:

profundamente individualista, [...] producto del liberalismo del siglo XIX: cuyo subjetivismo extremo [...] se satisface en la contemplación. Ahora, en el siglo XX, nace un nuevo romanticismo. Pero este no es ya el que amamantó con su ubre pródiga a la Revolución liberal. Tiene otro impulso, otro espíritu. Se le llama neo-romanticismo. Este nuevo romanticismo, posliberal y colectivista, está íntimamente ligado a la revolución social. (Lowy 2012)

La visión de la cultura, estructura y superestructura en Mariátegui retoma el romanticismo revolucionario del XX (Lowy 2012), herencia que permitiría, a mi juicio, conjugar y problematizar las relaciones complejas entre ideología, política, relaciones de producción, cuestiones de género y raza, no solo desde el plano teórico, sino también desde el campo de la praxis política y sobre todo desde nuestro lugar de enunciación. Se trata, por tanto, de rescatar los tachones de la memoria y de dotarles de sentidos propios más colectivos; una estética distinta en lucha férrea contra el evolucionismo, el positivismo, el culto al progreso capitalista.

La relevancia del romanticismo que plantea Mariátegui se posiciona justamente en la perspectiva de entender cultura y política desde un tipo particular latinoamericano, con sus variantes polisémicas que permitirían elaborar narraciones e imaginarios rumbo a un proyecto político diferente.

La retórica y la acción directa son elementos que han servido como mecanismos ideológicos para asegurar y legitimar el proyecto de expansión material de la modernización: incremento de la obra pública, aumento de subsidios económicos, desburocratización de los servicios públicos, incluso la renegociación de los recursos naturales con mayor participación estatal.

Los imaginarios liberales estratégicamente recortados, anulan las contradicciones sociales y este discurso ideológico se materializa en nociones de progreso y Modernidad. En este sentido, se hace necesario el replanteamiento de una nueva retórica y una nueva ac-

ción directa que recreen posibilidades emancipatorias, tanto en las representaciones simbólicas cuanto en la reproducción material de nuestra sociedad.

Referencias bibliográficas

- Gramsci, Antonio. 2012. *Por una nueva literatura (arte) en una nueva cultura*. <<http://www.gramsci.org.ar/>>. (Consultado el 17 de enero de 2012).
- Gruppi, Luciano. 1978. *El concepto de hegemonía en Gramsci*. México: Edic. de Cultura Popular. <http://www.gramsci.org.ar/12/gruppi_heg_en_gramsci.htm>. (Consultado el 11 de enero de 2014).
- Löwy, Michael. 2012. "José Carlos Mariátegui y la cultura revolucionaria: Del romanticismo al surrealismo". En *Marxismo Crítico*, 27 de abril. <<http://marxismocritico.com/2012/04/27/jose-carlos-mariategui-y-la-cultura-evolucionaria/>>. (Consultado el 20 de enero de 2014).
- Lukacs, Gyorgy. 2011. *Escritos de Moscú. Estudios sobre política y literatura*. Buenos Aires: Gorla.
- Williams, Raymond. 2003. *Cultura y sociedad 1780-1950, de Coleridge a Orwell*. Buenos Aires: Nueva Visión.